LA MURMURADORA

BALADA

Murmura el aura en el jardín frondoso
las flores al besar,
y murmura el arroyo cristalino
los campos al surcar.
La lira del poeta enamorado
diz que murmura amor,
y en el bosque también murmura amores
canoro ruiseñor...

—

Pues si auras y arroyos, liras y aves,
mumuran sin cesar,
y en su murmuración ¡pérfidos hombres!
placer soléis hallar,
¿por qué también, nosotras las mujeres,
no hemos de *murmurar*?

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

LA FUENTE DE LOS ROSALES

BALADA

I

Lejos, bastante lejos
de lo poblado
y del monte en el sitio
más retirado,
entre rudas malezas
y peñascales
está la hermosa fuente
de los rosales.
¡Todo allí es paz, dulzura,
sosiego, calma!...
Allí puede espaciarse
tranquila el alma.
Sólo turba el reposo
de aquella fuente
el plácido murmullo
de la corriente;

los cánticos que entonan
los pajaritos;
el pausado aleteo
de los mosquitos;
el apacible y dulce
rumor del viento,
y el lejano rebuzno
de algún jumento.

II

Cuando el sol lanza al mundo
su primer rayo,
y en una mañanita
del mes de Mayo,
camino de la fuente
de los rosales
va la zagala orgullo
de los zagales.
No hay en todo el contorno
cara más bella,
ni ojos tan expresivos
como los de ella.
¡Qué pecho, qué caderas
y qué cintura!
¡Qué brazos, qué fornida
musculatura!

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

Llega á la fuente, baja
su cantarillo,
y se acuesta tranquila
sobre el tomillo.
¡Qué postura la suya!
¡Cuánta inocencia!
¡Es la estatua yacente
de la indolencia!

III

Por el monte de caza
va un caballero;
se pierde en la espesura,
toma un sendero,
y buscando la sombra
de unos zarzales
va á parar á la fuente
de los rosales.
Ve á la moza tendida,
corre á su lado,
y al mirar su hermosura
queda extasiado.
La moza se incorpora
como una fiera,
y el cazador le dice
de esta manera:

—«Zagala encantadora;
flor sin abrojos;
Venus de estos breñales;
luz de mis ojos;
ninfa de frescos labios,
de puro aliento,
dame un poquito de agua,
vengo sediento.
Deja que amante libe...
—¡Jesús, qué risa!
¡Párese el caballero,
no tenga prisa!
—¡Ay, zagala, me tienes
de amores loco!
Déjame que te diga...
—Poquito á poco.
Beba el agua que quiera
si está sediento;
pero si se propasa
vaya con tiento.
—Deja que un beso imprima....
—¡Beso? ¿Qué es eso?
ni oí.
—¡Cuánto candor! ¡No sabe
lo que es un beso!
Vas á saberlo ahora,
niña inocente;
deja que te lo explique
prácticamente...

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

—¡Atrás!
—¡Ven á mis brazos!
—¡Quítese presto!
¡El demonio del hombre!»
Y al decir esto,
le pegó la zagala,
con tal fiereza
con el cántaro encima
de la cabeza,
que sin sentido el joven
cayó rodando,
mientras la moza alegre
marchó cantando...

IV

¡Cazadores que al monte
vais de batida,
no tratéis con zagalas
en vuestra vida,
porque son casi todas
tan animales,
como la de la fuente
de los rosales!

LA CROCHET-MANIA

Mi amiga Paca Serret,
esposa de Pedro Amat,
es una *especialidat*
en trabajos de *crochet.*
No se le resiste á Paca
ningún dibujo que vea,
pues por dificil que sea
ella en seguida lo saca.
Tiene una afición pasmosa,
y tan entregada está
á estas labores, que ya
no se ocupa en otra cosa.
Sentada junto al balcón,
sin pestañear apenas,
y gastando por docenas
los ovillos de algodón,
las horas muertas se pasa,
(horas que son muy ociosas,
pues que descuida otras cosas
muy necesarias en casa).

—

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

Ayer me encontré á su esposo
y al preguntarle galante
por su señora, al instante
me contestó muy furioso:
—¡Voy á la fonda á comer!
¡Si es preciso ser un santo!
¡Hombre no sé cómo aguanto
las cosas de mi mujer!
Llegué á mi casa á las siete,
pedí la comida y ¡nada!
Mi esposa estaba ocupada
en el fleco de un tapete...
Me he cansado de esperar;
por no armar gresca salí,
y ahora me voy por ahí
á comer y á no rabiar.
¡Nadie pasa lo que yo!
¡Qué mujer!... ¡No puede ser!
¡Aquello ya no es mujer,
ni Cristo que lo fundó!
Parece—créame usté—
que por mi negra fortuna
estoy casado con una
máquina de hacer *croché.*
No descansa en su labor
ni de noche ni de día...
tiene una *crochet-manía*
incurable, sí, señor.

Sin oir las quejas mías,
derrocha nuestros ahorros
en colchas, tapetes, gorros
y flecos... y tonterías.
No hay nadie en la vecindad
que no tenga ya de sobra
en su casa, alguna obra
de mi insufrible mitad.
¿Que Rufina la vecina
va á casarse el mes que viene?
Pues ya mi señora tiene
la colcha para Rufina.
¿Se va la del principal?
Pues mi mujer le regala
los visillos de la sala
y un tapete colosal.
¿Que ha parido Micaela?
Pues un gorro para el rorro,
y por acabar el gorro
se pasa la noche en vela.
¿Que la del tercero ansía
ver si con Paquita saca
un cuadro?... Pues ya está Paca
ocupada todo el día.
¡Y le da á la del tercero
con mi algodón la lección,
como si á mí ese algodón
no me costase el dinero!

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U.
U. A. N. L.

¿Habrá mujer más obtusa?
¿No está haciendo ¡la muy rara!
treinta y cinco colchas para
los chiquillos de la Inclusa?
¿No he de estar desesperado
viendo que yo, su marido,
llevo el gabán descosido,
y el pantalón tan rozado?
¡Dígame usted la verdad!
¿Hay suerte como la mía?
¡Por supuesto que yo un día
hago una barbaridad!
No es fácil, si yo me irrito,
que de mí mismo responda...
En fin, me voy á la fonda
porque ya tengo apetito.
Pero antes, permita usté
que le aconseje una cosa:
No toleré usté á su esposa
que se dedique al *croché*.
Quítele usté, decidido,
esa pícara afición;
¡mire usté que el algodón
puede costarle un sentido!

EL QUE PAGA DESCANSA

EPÍSTOLA

«Debe usted de saber, señor don Lucas,
—y perdone que yo se lo recuerde,—
que le presté cuarenta y cinco duros
hace la friolera de seis meses.
Usted me dijo entonces que tenía
yo no sé qué cuestiones con su jefe,
por yo no sé qué picos que faltaban
al hacer el balance del trimestre.
Debe usted de saber, amigo mío,
que usted me prometió solemnemente
devolverme el dinero *en seguidita;*
pero ese *en seguidita* nunca viene.
Yo le presté los novecientos reales
sin interés ninguno, y me parece
que el hombre que no cumple su palabra
ni es honrado, ni es bueno, ni es decente.
El lunes fuí á su casa, y me dijeron
que no estaba visible, y que volviese;

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

volví el martes, y nada, como el lunes;
volví después el miércoles, y el jueves,
y el viernes á las cinco de la tarde,
y el sábado otra vez... ¡Total seis veces!
Nunca está usted visible, y yo no tengo
ganas de pasearme inútilmente.
Hoy le escribo esta carta, y le suplico
que en cuanto la reciba me conteste.
Mi mujer se ha enterado de esta deuda
y á todo trance que la cobre quiere.
Dice que usted es esto, y es lo otro,
que si tal y si cual, y que no tiene
vergüenza el que le presta dos ochavos;
y, en fin, ya sabe usted cómo es Mercedes.
Y como yo no vivo de mis rentas,
que vivo de mi sueldo solamente,
y el único dinero que tenía
se lo he prestado á usted hace seis meses,
quiero que usted me saque de este apuro
y que mañana mismo me lo entregue.
El que paga descansa, y yo quisiera
que descansara usted eternamente.
No me podrá decir, señor don Lucas,
que no le trato á usted como merece.
Otro cualquiera, en mi lugar, iría
en son de guerra, exasperado, á verle;
pero yo, no, señor; yo sólo quiero
que me pague el *piquillo* que me debe.

Por supuesto, si usted no me hace caso
y sigue huyendo el bulto como siempre,
tenga usted por seguro, amigo mío,
que le reviento el día que le encuentre.
Aparte de esto, mi señor don Lucas,
ya sabe usted lo mucho que le quiere
su antiguo compañero de oficina
y humilde servidor,

Benito Pérez.»

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U.
U. A. N. L.

LA CIFRA DEL ARBOL

I

Casóse Elena con don Bruno Andía,
—una boda muy buena,
según en todo el pueblo se decía;—
lo que ignora la gente
es que la pobre Elena,
á su padre obediente,
se casó con don Bruno, por respeto,
amando con delirio á otro sujeto.

—

El sujeto en cuestión es Federico,
primo carnal de Elena; un guapo chico,
alto, moreno y de elegante porte;
un mozo de provecho,
que hace cuatro ó seis años que en la corte
estudia el tercer año de derecho.

II

El pasado verano, Federico,
recibió de su amada estos renglones:
«Mi esposo está de caza. Te suplico
»que vengas hoy á verme
»con muchas precauciones.
»No hagas, ingrato, que mi amor te aguarde.
»Deseo convencerme
»de si me quieres como yo te quiero,
»Hoy, sin falta, á las siete de la tarde,
»junto al espeso robledal te espero.»

—

El amante orgulloso,
de tanta dicha ansioso,
acudió diligente
á aquella cita á que aspiró su alma;
en el tranquilo robledal frondoso,
Elena le aguardaba sonriente,
y allí los dos, en apacible calma,
entablaron el diálogo siguiente:
—¡Elena, amada mía,
mi luz, mi amor, mi encanto, mi alegría!

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U.
U. A. N. L.

—¡Federico adorado, mi contento,
mi amor, mi bien, mi dicha, mi tormento!
—¿Tormento dices?
—¡Sí! La ingrata suerte
me manda aborrecerte,
y, en cambio, el corazón aprisionado
late sólo ¡ay de mí! para quererte,
y soy feliz mirándome á tu lado.
—¡Oh, sí! Quiéreme mucho,
que yo también contra el destino lucho.
Tan grande es el amor que por tí siento,
que trato, Elena, de olvidarte en vano...
—¿Me lo juras?
—¡Oh, sí! Yo nunca miento.
(Y con segura mano,
en el tronco de un arbol corpulento
grabó profundas, aunque mal trazadas,
una E y una F entrelazadas).
—Como estas iniciales esculpidas
que han de sufrir del tiempo los rigores,
nuestras dos almas vivirán unidas...
¡Eternos han de ser nuestros amores!
—¡Ah, sí! ¡Mi Federico, mi embeleso!
—Déjame que en tu frente
un beso selle mi pasión ardiente.
—Tengo miedo, ¡ay de mí! Te lo confieso.
—¡Tu amor es mío!
—¡Por favor!... ¡Detente!

(Hubo lucha un momento solamente,
y oyóse el restallar de amante beso).
. . . . . .
. . . . . .
(Los puntos suspensivos
son en esta ocasión muy expresivos).

III

Pasaron dos semanas,
y una tarde á su esposa dijo Andía:
—¿Sabes, Elena mía,
que tengo muchas ganas
de que demos juntitos un paseo?
Estas hermosas tardes de verano
convidan al amor y á la alegría...
Hace una temporada que te veo
así... muy triste, y... ¡qué demonio!... creo
que es falta de ejercicio. ¡Eso es muy sano!
Andando, y ya verás cómo mejoras.
Daremos un paseo de dos horas
por el espeso robledal cercano.

—

Con marcada impaciencia
y acallando la voz de la conciencia,
Elena, sin hablar, maquinalmente,

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

apoyóse en el brazo de su esposo,
que estaba más que nunca cariñoso
y como siempre dulce y sonriente.

—

Dando vueltas y vueltas por el monte,
llegaron fatalmente
al mismo sitio en que semanas antes
tuvieron su entrevista los amantes.

—

En el añoso roble,
—de nefanda pasión testigo inmoble,—
aún la cifra reciente se ostentaba
que la traición de Elena delataba.
—¡Hombre, dos iniciales! ¡Es curioso!
(dijo el afable esposo,
queriendo distraer de su honda pena
á su querida Elena).
Acércate, y verás, esposa mía.
¿No las vés? ¡Ahí están! ¡Y bien grabadas!
¿Quién, mil diablos, haría
esta E y esta F entrelazadas?
A ver si tú penetras
lo que quieren decir estas dos letras.
Mas, no; déjame á mí... Ya me lo explico.
Verás cómo descubro este misterio.
La E, dice E misterio ,

y la F, Fernández... Es el chico
de Antón, el escribano;
pero no, que la cifra es muy reciente,
y Emeterio, á principio de verano,
se marchó con su tío á Carcagente.
Quizás diga otra cosa... Quizás tenga
alguna explicación que nos convenga.
A ver si lo adivino... ¡Por supuesto!
¿Una E y una F? ¡Justo! ¡Es esto!
Dicen que Eres Feliz, y sí que lo eres,
y yo también; pues para suerte mía,
sé lo mucho que vales
y conozco lo mucho que me quieres.
Y estas dos iniciales
dicen también lo que mi pecho ansía,
dicen: ¡Esposa Fiel!...
(Y de repente,
Elena, avergonzada y delirante,
echóse en brazos de su esposo amante,
y comenzó á llorar copiosamente).

IV

Desde este aciago día
un año ha transcurrido, y ¡todavía,
no se ha explicado el infeliz don Bruno
la causa de aquel llanto inoportuno!

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U.
U. A. N. L.

ELECCIÓN DE CARRERA

Me pregunta usted, Gaspar,
qué carrera debe dar
á su sobrino José,
y, francamente, no sé
lo que le he de contestar.
Quiere usté que el chico adquiera
una posición decente
con un título cualquiera,
mas yo no sé, francamente,
cuál es la mejor carrera.
Hoy están todas tan mal
que no es fácil elegir,
y para colmo final,
nos cuestan un dineral
y no dan para vivir.

—

La de abogado antes era
una bonita carrera